Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

ZOLLA, ELEMIRE. **Antropología negativa.** Editorial Sur, Buenos Aires, 1960, 263 p.

"Los días de la semana se compran alimentos, los sábados se compran diversiones y los domingos se compra el Espíritu Santo".—**Stanley Rowland Jr.**

Yo creo que este libro o cualquier otro sobre la vida del hombre contemporáneo, llamado por algunos moderno, entendido en sentido complejo y no como lo concebían los románticos, que poco comprendieron el concepto de la modernidad, debe ser leído después de conocerse la historia de la economía moderna. Porque en ninguna otra época las necesidades humanas dependieron tanto de la producción, de la distribución y el consumo; de los transportes y del comercio interior y exterior; del dinero y la banca; de la organización comercial y de las relaciones entre el gobierno y el comercio; de los precios, los ciclos comerciales, la riqueza y la renta nacionales. Se necesita, en efecto, conocer qué pasó en la Inglaterra y en la Europa central y meridional del siglo XVIII, cuando se inició lo que se conoce comúnmente con el nombre de **revolución industrial.** Pero, ante todo, en Inglaterra. Es que los dos grandes fenómenos sociales cuyo desarrollo abrieron las puertas a esta revolución tuvieron allí su máximo incremento; el tránsito del absolutismo al liberalismo político y el paso del mercantilismo al liberalismo económico. Fue en el país de Gladstone y de Disraeli donde triunfaron el liberalismo y la teoría del **laissez faire.** Y, en última instancia, sus seis conceptos económicos básicos, a saber: 1º, el de la libertad de toda intervención gubernativa; 2º, el de la libertad de comercio; 3º, el de disponer libremente de la propiedad individual; 4º, el de la libertad contractual; 5º, el de la libertad de movimiento, y 6º, el de la libertad de asociación. Todo lo cual condujo a la moderna economía de los mercados y al surgimiento de una unidad monetaria estable, así como al desarrollo de la producción industrial y al de la urbanización, a la lucha social y a las organizaciones obreras.

Se trata, pues, de poner al lado de este libro y con igual rango otro (1) u otros para que, puntualizando los negocios financieros, los abastecimien-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

tos y las especulaciones de la "gran ciudad", nos ayuden a fijar el alcance de la economía en la sociedad actual. Y luego, el de aquel hombre carnoso, obeso, blando que se elevó en distinción y poder sobre el mundo de la **nobleza,** la **gente** y la **misera contribuens plebs,** merced, precisamente, al poder del dinero. "Hijo mío, este matrimonio es excelente; es preciso echar estiércol a tus tierras", expresó la duquesa de Chaulnes a su hijo, el duque de Pecquigny, cuando contrajo matrimonio con la hermana del financiero La Moson-Montmartre, que llevaba en su dote 1.700.000 libras y que, en consecuencia, incorporaba a la esfera del poder un nuevo y poderoso elemento. Desde entonces hasta hoy es mucha el agua que ha corrido bajo los puentes de la historia, sin que se pueda desconocer que el burgués ha sabido dar a su riqueza todo el empuje necesario para dominar al mundo. Poco exquisito, algo ingrávido, casi gelatinoso encarna por todas partes de Occidente la máxima realidad social desde el siglo XVIII. Su razón es la que se alza triunfante. Sin embargo, él podrá parecernos ahora, es decir, en el tiempo en que se sitúa Elémire Zolla, falso, artificioso, forzado. Mas hay que convenir en que, debido a ello cabalmente, representa el comienzo natural del hombre y su hegemonía sobre los cuales escribe este autor. O sea sobre el hombre masa. La exactitud de este concepto se demuestra por lo pronto **e contrario** haciendo ver que los comerciantes, productores e industriales de **ayer,** a fuer de ser herederos legítimos de las predicaciones de Juan Knoxen y de Calvino, practicaban, creían y defendían la **decencia** burguesa. Arribistas en el fondo de su ser, buscaban el poder del espíritu y el amparo de la moral a fin de aclimatarlos, claro está, a su manera. De ahí que la filosofía burguesa fue un encubrir y un velar ciertos principios en crisis. Con ella conjuraban a la corta el desmoronamiento del viejo orden social —**el ancien regime**—, y en tiempo largo, provocaban su derrumbe definitivo. Lo cual supone, como de hecho ocurrió, no solo el aniquilamiento de ese orden caduco, de "carrozas a la Pompadour, vestido de color Pompadour, platos a la Pompadour, chimeneas, espejos, mesas, sofás, sillas a la Pompadour; abanicos, estuches, mondadientes a la Pompadour", sino de estos mismos heraldos del progreso material. Pues al hombre masa no pueden encajársele, en su simple "estar ahí", principios morales o espirituales de cualquier clase, como sí pueden atribuírsele al burgués. Bien que su moral y su espiritualidad no hayan sido auténticas, pero... ¿quién negará que la línea del horizonte no está encima del horizonte, en directa dependencia?

En este orden de cosas, el burgués no determina nuestra época: solamente la incita. Vamos a ver por qué. Mas para verlo hagamos, a título provisional y en forma superficial desde luego, una definición del hombre masa, diciendo: hombre masa es aquel que se atiborra de objetos más allá de lo necesario. Aquí hay, por tanto, una relación cuyo contenido palpable únicamente se revelará una vez averigüemos qué se entiende por "lo necesario". Existen dos formas de ser una cosa necesaria, en cuya determinación deben evitarse los juicios de valor y, en cambio, recurrir a un criterio objetivo, como es el conjunto de las necesidades fisiológicas y culturales; y esas dos formas son: la cualitativa y la cuantitativa. La primera sirve a un interés egoísta y material; por ejemplo, cambiar de modelo de automóvil cada año o tener varios. La segunda, a un valor. Por consiguiente, esta corresponde a una necesidad de refinamiento, y, en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

última instancia, a un imperativo de mesura. Un caso sería —si bien óptimo— "elevar a Dios un altar". Aclarado esto, volvamos a mi definición. Hombre masa —repitamos igualmente reestructurándola —es aquel que se atiborra **cuantitativamente** de objetos más allá de lo necesario. Así, toda su órbita vital se reduce a esta única perspectiva: poseer más cosas, más mercancías, más bienes, más artefactos mecánicos. Entonces es cuando uno medita arguyéndose: ¡está bien!, pero ¿por qué? Y el caso es que, superada una hermenéutica ya anticuada, la mejor explicación la encontramos en el enorme incremento práctico de las ciencias (2), o mejor aún, en el casi fabuloso poder de la técnica contemporánea. No se olvide que ella ha configurado extraordinariamente la realidad, valiéndose de los llamados medios de comunicación de masa (3) —telégrafo, teléfono, televisión, radio, cine, periódico, etc. Para mí, en dos sentidos. En primer lugar **fomentando** el atomismo social, donde desaparecen la vida privada y la decisión personal, auténticamente individual. Y en segundo lugar, al **provocar**, en un mundo reducido antes y por efecto de aquel atomismo a imagen espectral y vacía, la ley del hombre mediocre y del producto **standard.** Toda vez que, debido a ser en sí mismos los artefactos técnicos totalizadores y absorbentes, esto es, de eficacia ante todo masiva, tienen que dirigirse a una circunstancia social más ambiente y fluida. Por eso, causan **ahora** (4) la explosión de la "idiotez activa". Que es la de la medusa humana: un ser sin vista, sin oído, sin olfato, sin tacto propios, y sobre todo, sin que, como al burgués, le importe aparentar esto o aquello. En definitiva, de allí emerge el hombre totalmente condicionado. Ni la televisión ni la radio, o el cine, tienen **hoy por hoy** capacidad de elevación. Luego conviene leer libros sobre la ciencia del siglo XX —la de hoy y la del futuro—, parejo a la lectura de los libros de economía que hablé al comienzo.

De esta manera la ciencia y la técnica, aparte de arrebatarle al burgués el dominio de la sociedad, han llevado al ser humano al nivel del parásito, haciéndole, a su vez y parodójicamente, el nuevo amo. En tal caso, sería necio no obstante obstinarse en afirmar que la ciencia constituye algo así como un engendro demoniaco. Aunque las apariencias hayan llevado a muchos a asumir este juicio. Tengo para mí que hay que calar en fondo todavía más hondo. Alguna vez hizo notar Scheler que en ciertas épocas predominaban en la sociedad las fuerzas biológicas, así como en otras los factores políticos y solo en las edades maduras, vecinas de los tiempos de descomposición, tiranizaba el principio económico. Si el pensamiento de Scheler resulta cierto, como estoy seguro, el cambio de la estructura latente y sustantiva de la humanidad no puede obedecer a una sola causa. Es decir, a que haya —y para no salirme del tema que vengo tratando— o no mala o buena ciencia: genialidades y descubrimientos, decadencias e ineptitudes. Ella no pasa de ser simplemente un auxiliar de lo humano. Y de ahí que en esta hora de frenesí material haya modelado económicamente nuestra realidad histórica, como hubiera podido modelar —de existir entonces— románticamente el siglo XIX, cuando el hombre dejó de avergonzarse de sus emociones, incendiándolo todo: costumbres, política, artes y trato social. Ella relieva, en definitiva, extraordinariamente lo bueno o lo malo de la cultura humana. Pensando de este modo, parece ilógico el pesimismo, ciertamente excesivo, de Zolla. No tanto porque lo descrito por él en su libro sea exagerado cuanto porque insinúa que se ha extrangulado toda nueva

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

y auténtica posibilidad de existencia. La cual siempre ha nacido —no renacido— de las cenizas; llámense estas o no servil adulación a la economía. Afortunadamente, en lo social, y por lo demás, no es aplicable la idea de causa y efecto, sino la de excitación y reacción. Una y otra cosa, nacimiento entre las cenizas y reaccionar ante determinada excitación, es lo que ha hecho al hombre buscar eternamente inéditos horizontes.

¿Cómo? Pues reencontrándose en lo árido, en lo áspero, en lo desértico de su presente. En este sentido el libro de Elémire Zolla significa un inmejorable aporte. Zolla escarba, desmenuza, tritura, hurga, bucea en el mundo del hombre masa, que acepta sin rebeldía la coacción, el chantaje, la mentira, la estulticia; imponiéndose inconscientemente —¡notable coincidencia!— como la bomba atómica. Para comprobarlo, léanse su análisis sobre la industria y la literatura contemporáneas, su radiografía del erotismo de masa, su denuncia de la decadencia de la persuasión, su esfuerzo en precisar los eclipses del intelectual y, dentro de un perfil general y permanente, cuando a través de las regresiones mágicas, fija el alcance de las drogas. Pero yo no deseo ahora entrar en las honduras del hombre masa, valiéndome del libro **Antropología negativa.** Si bien tuve que trazar antes por mi cuenta un cuadro general de su situación. En este momento me interesa otro aspecto del ibro; precisamente, aquel que se esconde bajo su título italiano: **Eclipse dell intellettuale.**

Sin embargo, no considero tampoco oportuno perderme en este momento en la apremiante situación del escritor contemporáneo. Y sobre todo en la del escritor libre. Aun así tenga en el libro de Zolla una inmejorable ocasión para hacerlo, ya que dicho autor nos muestra cómo, y por efecto de la despersonalización del hombre moderno, el escritor se está quedando sin público con quien comunicarse. **¡Human relations, human relations!,** gritan los personajes de nuestro tiempo: he aquí lo monstruoso. Pues en una sociedad donde el vínculo social y la responsabilidad particular se hacen cada vez más técnicos la criatura humana, ese ser que por lo pronto está gritando su silencio, se halla, reducida, menguada, separada, anónima. En una palabra, aplastada. No considero oportuno perderme, decía arriba. Me basta hacer notar —y rehuyendo hablar, claro está, de la **res publica litteraria**— el envilecimiento a que ha llegado o está llegando el intelectual en medio de una muchedumbre solitaria; una muchedumbre que tiene, como observaba Simone Weil, dos únicos estímulos: las coerciones y el lucro. Porque, en resolución, hay motivos para pensar que de seguir las cosas como están "el hombre de letras", y con él la totalidad de los intelectuales (5), asumirán el papel de un demente que escribe en el vacío. ¿Qué sucedería, efectivamente, no ya a un escritor libre, sino a cualquier hombre pensante, si de pronto se encontrara dentro de una sociedad de masa cuya característica definió muy bien Zolla, diciendo que se trata de un "sistema represivo?" Ciertamente lo veríamos nivelado a una estupidez pareja. O, volviendo a citar a Zolla, le "engullirá el laberinto donde la televisión, el cinematógrafo, las tiras cómicas, la escuela y las bandas de coetáneos y los deportes de masa lo conducirán a sacrificar toda reactividad a un Minos silencioso y discreto". **Idiota,** diría yo más bien —una vez se me permita aclarar el sentido griego de la palabra, que es el hombre alejado de la vida pública.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Esta sospecha es cierta, y nadie, varapaleada alma con más espíritu que denarios o cumbre de grandeza humana de fin pasajero e inmediato, podrá esfumarla. No obstante quien mejor la acusa, como es apenas obvio, es el mismo escritor **de hoy**, el que está escribiendo ahora. Dentro de él, grande y pequeño por igual, ha caído **ya** la gravitante energía, la jactancia deplorable, el contorno berroqueño y los lugares comunes —los famosos **loci communes**— de la segunda mitad del siglo XX. ¡Sobre todo la realidad enajenada moderna; lo malvado, lo caduco, lo nocturno, lo artificioso, lo mísero, lo deforme, lo estéril, lo macabro, lo horrendo que, cual unos soles de belleza transformada, iluminan piedra bajo piedra las oquedades de un deletéreo mundo interior! Decididamente, este escritor **también** se está transformando en algo mecánico, postizo y publicitario: temblando bajo un cielo,, por así decirlo, murcielaginoso y gesticulante, como me parece, en Colombia, ocurre con los escritores nadaistas. De la noche a la mañana, al crepúsculo, a la luz cenital, torna, retorna, vuelve, bulle, grita, increpa, escupe, befa, se rasga las vestiduras; y, a pesar de todo, permanece —vago, ingrávido de poder— en los mismos lindes ilusos de su térrea impotencia. Rara es la página en que no nos habla de su guerra al mundo circundante. Y, sin embargo... Sí; y sin embargo su influencia entre las "humanas hormigas" mengua sin cesar, se tranforma y envilece.

Ahora bien, si dejamos a un lado al escritor decadente (6), un fantasma del pasado para quien todo es fantasmagórico pasado, dentro de tal envilecimiento se desenvuelven tres clases de escritores. De una parte el **escritor subversivo,** cuyo máximo acto, por lo general de inhóspita ira y violencia conceptual, consiste en anhelar —adviértase: anhelar —la transformación de la sociedad; de otra, el que no preconiza ninguna reforma social, comoquiera que su situación, según él, consiste en seguir siendo condenado en su esperanza y en su libertad. Diré mejor, en recogerse, cansino y miserable, acuciante y tenso —aunque resulte contradictorio— en la búsqueda desesperada a través de la decepción, el vacío y la soledad, de la solidaridad humana. Es el que tal vez sin saberlo persigue ansiosamente el encuentro de Dios. Esto quiere decir que su expectación corre por dos caminos diferentes: por el de la angustia y por el de la esperanza o, si no me equivoco, por el de lo divino y el de lo demoníaco. Y debido a ello, es, sin duda, un pensador subjetivo; uniéndose con el anterior —el objetivo o **subversivo**— en el hecho de que a ambos se les encuentra fuera de un "punto gamma" de reposo absoluto. Por último, tenemos al que hace poco llamé payaso. A los dos primeros no tenemos, creo yo, derecho a rechazarles su "toma de conciencia", ya que como lo dije desde esta misma sección y a propósito de un poeta nuevo llenan el inmenso filón de unas vidas monótonas y humanamente sordas, donde el hombre se siente más inerme, más inmensamente solo. Pero, en cambio, al otro sí. ¡Es que escribir es algo superior a contentarse con ser una excrecencia del sistema; en este caso de la sociedad de masa! Son los que muestran a los cuatro vientos su pobreza de espíritu, ignominia de vida y trivialidades literarias, creyendo, con ello, haber recuperado la dignidad humana. Son los que para adquirir **el poder y la gloria** levantan el pendón de la mediocridad. "La grandeza de Job —nos ha dicho Kierkegaard— se basa en que no consintió en reducir y ahogar, por una falsa satisfacción, la pasión de la libertad".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Aquí no es preciso proseguir. En este momento, debemos retornar al libro de Elémire Zolla. ¿Por qué? ¿Por qué escribo sobre el? ¡No! Yo no entiendo la crítica de esa manera, esto es, contando de qué se trata y, al final, dando mi "impresión". Debemos, entonces, volver a él por otro motivo. En efecto; veo en **Antropolgía negativa** la imagen de un escritor con una cierta dosis de "tremendismo" deseoso de arrojar piedras de escándalo, que hacen recordar —por lo menos a mí— aquel grito de Bastiat de 1850: "Malditas sean las máquinas", y que, por lo tanto, si no lo colocan al nivel de los pensadores amigos de un pasado definitivamente muerto —es más: que no queremos ver resucitar— por lo menos le ubican entre los "tremendistas" de los años iniciales de la postguerra. Cuando todo era amargura y desolación. Hoy resulta muy difícil ser arbitrario respecto de la ciencia y del maquinismo. Hoy se perciben con mayor claridad estos fenómenos. Por ejemplo: Pierre-Maxime Schull en su **Maquinismo y filosofía.** En este libro verá el lector cómo el enfoque no es absurdo ni arbitrario **ab initio.** Ni mucho menos pesimista. En suma, que procura entender el futuro de la humanidad; partiendo, lógicamente, de la enajenación del hombre en la encrucijada y de la despersonalización de la "criatura de Dios". Por ello escribe agudísimamente lo siguiente: "Las invenciones modernas ofrecen a este respecto recursos inagotables. Pero el peligro siempre está en que nos sirvamos de ellos mal, en que nos dejemos llevar, por ejemplo, al frenesí del **record** por el **record** en el dominio del deporte, o que nos contentemos con dejarnos inundar por un torrente de sonidos e imágenes, como una pantalla por la que desfilan sombras y detrás de la cual no pasa nada. Lo importante en lo que nos traen los instrumentos que utilizamos, es el esfuerzo de la atención, de la inteligencia, de crítica que exige de nosotros; lo que asimilamos, retenemos e integramos en nuestra personalidad. Las maquinarias no son bienhechoras sino en la medida en que nos permitan desarrollar mejor las cualidades que nos ayudarán, si la ocasión se presenta, a prescindir de ellas. Es posible que en contraste con la complejidad del instrumental que nos ofrece una comodidad tan alabada, volvamos, seducidos por un ideal de simplicidad y de desprendimiento, a apreciar ante todo en el hombre el arte de bastarse a sí mismo por sus solos medios".

Esta labor de desprendimiento de las máquinas, **utilizándolas,** nos replantea la relación entre el escritor y la sociedad de masa. Ella lo ha envilecido, según vimos, y lo ha reducido a mísera condición de paria. O lo que viene a ser lo mismo: la masa ha abjurado de una posible conciencia colectiva. Por eso el intelectual es hoy iracundo, aunque utilice este o aquel otro estilo. Mas este tipo de escritor, a lo Zolla, está muriendo, o debe desaparecer —si es que se me niega el aserto—. Pues tenemos que reconocer la insuficiencia del irse de bruces —como Zolla— contra la negatividad de la sociedad contemporánea, ahorrándose la vivacidad necesaria para discernir las situaciones futuras. Qué digo, para contribuír a **crearlas.** ¿Extraña e insólita, conviene preguntar, esta aventura para el escritor de mañana? En ninguna forma. Lo que se le exige se contrae a pedirle renuncie al análisis desesperado de las condiciones presentes, porque ya ello significa inercia, rutina, esclerosis. Y eso, precisamente eso, es lo que le apunto a **Antropología negativa:** que, horro de futuro, es aporía, camino cerrado. Sin esperanza, sin mentar una sola posibilidad de reforma

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

agazapa su perfil —bueno como descripción de lo actual, lo repito con distintas palabras— y se contenta con ser, gritando en el desierto, con palabras hasta cansadas, solo arco. Antropología negativa, pues. Y esto es ya agobiador.

NOTAS

(1) Véase **Historia económica de la Europa moderna,** por H. E. Friedlaender y J. Oser.

(2) "La ciencia en nuestra época, según el vicepresidente de la Academia de Ciencias de la URSS, el académico Laurenti, tiene dos características principales: 1ª, se encuentra en un momento de impetuoso desarrollo; 2ª, **cada vez tiene más que ver con la vida social".** (Subrayado mío).

(3) **Mass media comunication.** Que exigen como precio la obediencia incondicional a las leyes de su funcionamiento.

(4) ¿No convendría, en vez de potenciar una crítica de catástrofe porque las ciencias están ahí dominándolo todo, comenzar a reestructurar la educación del hombre, que es donde verdaderamente falla la sociedad actual, o sea en la satisfacción de las necesidades auténticamente humanas, en el cumplimiento de sus deseos y deberes, y en la forma de evitar el dolor? Y, claro está, tal reestructuración no debe confundirse con el método de las "órdenes insensatas". Pues que esas "restauraciones" de los nazis hechas a base de aturdir al pueblo con la música clásica, ¿cuál efecto tuvieron? ¡La cultura parecía presente y, sin embargo, no lo estaba!

(5) Algo, pues, más amplio de lo que por tal entendemos en Colombia. Cuyo alcance y significado se comienza a comprender una vez se definan tres puntos: a) la historia de la cultura, b) la situación en la sociedad y c) la distribución por profesiones.

(6) Yo siento profundo respeto hacia el historiador, por ejemplo. Por tanto, esto del escritor caduco no equivale a renegar del pasado: es el que, absorto en el pasado, jamás vuelve espiritualmente al presente y menos se atreve a encarar el futuro. "Se puede negar, argüía muy bien Papini, la existencia de los dioses, pero no se puede negar la existencia de las religiones".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.